

Visiones de Brasil: lo poético y lo político en Alfonso Reyes, Carlos Pellicer y José Vasconcelos

REGINA AÍDA CRESPO

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNAM

RESUMEN: La presencia de Brasil en la obra de José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer se caracterizó como una mezcla de sorpresa y encanto. Entre la grandilocuencia del paisaje, el temperamento de sus habitantes y la riqueza material del país sudamericano, los tres hombres de letras encontraron elementos relevantes para realizar trabajos literarios. En el caso específico de Vasconcelos, destaca la construcción de su famosa utopía de la "raza cósmica", y en el de Reyes, su prolongada estancia en Río de Janeiro como embajador. Este trabajo se propone reflexionar acerca de la obra y de la acción de los tres escritores como representantes del gobierno mexicano en Brasil y del papel que cumplieron en el acercamiento cultural entre ambos países.

ABSTRACT: The presence of Brazil in the works of José Vasconcelos, Alfonso Reyes and Carlos Pellicer is characterized by a combination of surprise and charm. Among the grandiloquence of the landscape, the temperament of its inhabitants and the material richness of the South-American country, the three men of letters found relevant elements to realize literary works. In the particular case of Vasconcelos, stands out the construction of his famous utopia of the "cosmic race", and in the case of Reyes, his long term stay in Rio de Janeiro as ambassador. The purpose of this paper is to reflect on the work and deeds of these three writers, as representatives of the mexican government in Brazil, and to evaluate the role they played in the cultural approach between the two countries.

Visiones de Brasil: lo poético y lo político en Alfonso Reyes, Carlos Pellicer y José Vasconcelos

1. EFECTOS DEL PAISAJE

LA PRIMERA noticia enviada desde Brasil, la famosa carta del cronista Pero Vaz de Caminha, daba conocimiento al rey de Portugal acerca de la exuberancia de la naturaleza, la belleza de la gente nativa, la grandilocuencia de la jungla, el inolvidable paisaje de las tierras recién descubiertas. La impresión que se llevaron los navegantes lusitanos de hace cinco siglos siguió funcionando como una especie de vínculo, como un elemento específico de referencia que sirvió para unir a los viajeros que los fueron sucediendo a lo largo del tiempo. El carácter idílico que suele asociarse al trópico, aunque muchas veces se ha transformado en la legitimación de ciertas concepciones prejuiciosas sobre Brasil,¹ continúa atrayendo hasta el día de hoy una simpatía casi inmediata hacia el país y su pueblo.

La imagen de la bahía de Guanabara asomándose en medio de la niebla marina o en la noche iluminada por los astros de un cielo

¹ La influencia del ambiente sobre el hombre y, por ende, sobre el desarrollo de las diferentes sociedades estuvo presente en muchos autores brasileños que adoptaron los preceptos deterministas en sus estudios sobre Brasil. Ya entrados los años veinte, aún se puede encontrar indicios de este tipo de concepción en obras como *Retrato do Brasil*, de Paulo Prado, para quien el trópico se presentaba prácticamente como sinónimo de lujuria y pereza, las cuales, según su punto de vista, habían sido nefastas para la conformación de Brasil. Sobre el tema, consúltense Ortiz (1986) y Ventura (1991).

despejado y por las luces de la ciudad acabó por transformarse en una especie de rito de acercamiento entre los viajeros y Brasil, narrado en prosa y en verso por diversos autores en tono de celebración edénica. El brillo, los colores del paisaje y de la gente, dan por resultado un cuadro cuya composición produjo afirmaciones cargadas de una especie de determinismo deslumbrado y optimista, como la que profirió José Vasconcelos, al mirar a la ciudad de Río de Janeiro desde la cima del Pão de Açúcar:

Allí reside la felicidad; no es posible que deje de haber goces en aquellas casas, ya sean hogares, posadas, lugares de encuentro fugaz, no importa, todo allí es alegría: los niños en la playa, los jóvenes en el paseo, los viejos en las terrazas (Vasconcelos 71).

El joven poeta Carlos Pellicer, que estuvo en la comitiva de Vasconcelos durante los festejos del Centenario de la Independencia en 1922, también se enamoró de Brasil y fue uno de los poetas mexicanos que más escribieron sobre el país. Pellicer eligió a Río de Janeiro como el tema privilegiado de sus versos. En una profusión de poemas líricos, sembrados de imágenes de corte surrealista, logró captar, con los recursos más innovadores de la poesía del momento, una ciudad que, como decía otro poeta ilustre, Paul Claudel, era la única que no había “logrado echar fuera a la naturaleza”,² al mismo tiempo que reflejaba en su vida cotidiana a la urbe moderna y efervescente en que se estaba transformando.

Vasconcelos se deslumbró con lo que vio desde el Pão de Açúcar y Pellicer potenció tal sensación, dedicando a la ciudad su “Suite brasileira” (Pellicer 78-83), compuesta por nueve poe-

² Claudel, P. “Nijinsky”, *Positions et propositions*. París, Revue Française 1928 227-228. *Apud* Alfonso Reyes, *Monterrey*, Río de Janeiro, 5, julio de 1931, (*Monterrey* 1980 144).

mas distribuidos en dos sesiones: “Poemas aéreos” (cuatro) y “Otros poemas” (cinco). En los cuatro primeros, cantados desde el avión, el panorama se abre al yo lírico que, además de mostrarse enamorado de lo que ve, expande los límites del paisaje a un horizonte más amplio, significativamente pintado con la paleta de tonos iberoamericanistas presente en el discurso de Vasconcelos.³ En el primer poema aéreo, el poeta nota que la ciudad

se ponía de cabeza
sin derramar su bahía.
[...]
El cielo se llenaba de automóviles
y de sombra a las 12 del día.
[...]
Las palmeras desnudas
andaban de compras por la Rua D’Ouvidor
(78).⁴

³ Los poemas de la “Suite brasileira” se encuentran en *Piedra de sacrificios. Poema Iberoamericano*, publicado por Pellicer en 1924. El prólogo es del mismo Vasconcelos quien elogia “el culto del paisaje expresado por poetas como Pellicer, de sentido étnico y social” (Pellicer 57). Vasconcelos abre su texto afirmando que Pellicer pertenece “a la nueva familia internacional que tiene por patria el Continente y por estirpe la gente toda de habla española” (55). Si el iberoamericanismo le inspiró varios poemas a Pellicer, lo mismo se puede decir de los temas brasileños, presentes no solamente en los poemas escritos en los años veinte, al calor del entusiasmo de su estancia en Brasil, sino también en momentos posteriores. Esto se puede observar al revisar el panorama que da la compilación de su trabajo en *Obras completas*. Algunos poemas de sus libros *Hora de junio* (1937) y *Subordinaciones* (1949) contienen referencias a Brasil. Incluso la sección “Poemas no coleccionados” contiene unas “Notas para un canto a Río de Janeiro” (1961).

⁴ Durante el periodo comprendido entre las dos décadas finales del siglo XIX y las tres primeras del XX, la rua do Ouvidor fue la calle más elegante y famosa

En el segundo poema, el poeta, quien se autodefine como “un poco de sol desnudo / libre de los pies y de las manos”, comenta, desde su etérea libertad:

Bajo las alas tensas, plásticas,
la naturaleza es un proyecto aceptable,
[...] y la patria es continentalizable.

Es interesante observar cómo estos poemas se alimentan del contrapunto entre las Américas Sajona e Ibérica, algo que, por cierto, ya había sucedido en otros textos de Pellicer.⁵ En Brasil, el poeta se percata de que el mapa iberoamericano es todavía factible, ya que

El mundo es una pobre cosa
llena de gustos yanquis y consideraciones.
Mas desde el aeroplano se medita en la gloria
de unir banderas y cantar canciones (79).

Sin embargo, no niega que la vida cotidiana de la ciudad bajo las alas de su aeroplano se inserta en un ritmo distinto del apacible azul que lo envuelve desde el mar y desde el cielo tropicales. A final de cuentas:

del centro de Río de Janeiro y, consecuentemente, de todo el país. La alta sociedad y los bohemios de la capital tenían ahí su principal punto de reunión.

⁵ En los diez poemas iniciales de *Piedra de sacrificio. Poema Iberoamericano* (63-78), Pellicer mezcla, en un gran mapa épico y sentimental, héroes, personajes, épocas y lugares latinoamericanos y del Caribe. Alguna vez menciona a Estados Unidos, al hablar de América como continente, pero siempre lo hace con una pizca de ironía, como en los versos que siguen: “Nueva York se opuso a mi conciencia / pero esta invaluable ciudad / incluso Rockfeller y Roosevelt / por cinco centavos la pude comprar” (“Divagación del puerto” 75).

Abajo están las viudas y los juristas,
la Emulsión de Scott y los grandes deudores.

Por otra parte, en el tercer poema aéreo, el poeta se preocupa por buscar una armonía que rebase las manifestaciones cambiantes de esta vida cotidiana. Al dialogar con la ciudad, observa en los propios elementos del paisaje carioca la posibilidad de concretar, aunque alegóricamente, una América única, una síntesis más allá de lo artificial de las fronteras:

Tu mar y tu montaña
—un puñadito de Andes y mil litros de
Atlántico—,
pasan bajo las alas
del avión, como síntesis del Continente amado (80).

Podríamos pensar que la satisfacción trabajada en los textos de Pellicer se nutrió en gran parte del mismo espíritu que había iluminado poemas, crónicas e incluso cartas y tarjetas postales enviados por otros escritores mexicanos que estuvieron en Brasil, durante las primeras tres décadas del siglo. Ya en 1919, Amado Nervo compartió con su entenada Margarita Dailliez sus efusivas impresiones de Río de Janeiro:

En mi vida había contemplado algo más bello. La bahía pasa por ser la más bella del mundo, y todos los pasajeros del barco hablaban de ella con elogio. Pero la realidad supera la imaginación. Río está aprisionado entre dos alturas magníficas, a la orilla de un mar de todos los colores. Sólo se ven espléndidas montañas, cubiertas de bosques formados por los árboles más hermosos. Entre dos montañas hay un tranvía aéreo que marcha suspendido por un cable sobre el profundo abismo. Hemos

estado allí. Guardaremos siempre el más emocionante recuerdo de Río (II 1187).

Lo mismo sucedió con Alfonso Reyes, en 1927, cuando se detuvo en Río de Janeiro rumbo a Buenos Aires. Siguiendo los ejemplos de Pellicer y de Nervo, Reyes también se dejó conquistar por el paisaje, según consta en la respuesta que le manda a su amigo, el poeta tabasqueño, donde, por cierto, alude a sus versos en los cuales la huella de Brasil ya es memorable:

Recibí su carta en México y no quise contestarla hasta no ver Río Janeiro, la bahía, el Pan de Azúcar, —todo me trajo recuerdos de sus viajes, de sus gustos, de sus charlas, de sus versos. [...] todo lo encontré brumoso y tiritando de invierno, pero con todo magnífico, olímpico, soberbio.⁶

No obstante el entusiasmo de Reyes, la carta continúa con una observación significativa para el contraste entre los dos países y las dos culturas:

¡Si no fuera por la Historia, que es nuestro interior veneno —sombra de la Geografía o su enemigo directo! No nos basta ya el paisaje: lo que queremos son recuerdos. Al fin somos mexicanos —o ruinas, o monumentos (*Ídem*).

La sintética comparación que Reyes hace de los dos países, como si se tratara de una competencia entre la historia y la geografía, ex-

⁶ Carta de Reyes a Pellicer, s.f. Correspondencia inédita. Acervo de la Capilla Alfonsina. Es interesante observar que Reyes reelaboró esta carta en forma de versos, le puso fecha y lugar (“A bordo del ‘Vauban’, 20 de junio, 1927”) y la incorporó como el poema de apertura de la selección “Por el plata (1927-1929)”, en la sección “Repaso poético: 1906-1958” de su *Constancia poética* (1959 X 246-247).

plica el hecho de que, al principio de su estancia en Brasil, se haya aferrado al registro escrito de la magia del paisaje. A final de cuentas, en Río de Janeiro Reyes no pudo encontrar —ni apreciar— el peso simbólico de una arquitectura rica y diversificada, como la de la ciudad de México, que reflejara el paso del tiempo exactamente como el dominio de la geografía por la historia y la preservación de la historia como prueba de aquel dominio.⁷

Con su mirada moderna y entusiasta, Pellicer logró construir un retrato leve y fresco de Brasil —particularmente, de su capital— en el cual el peso de la tradición no parecía hacer ninguna falta, principalmente porque el joven poeta no buscaba monumentos y estaba completamente abierto a la novedad. Además, la euforia con que fijó las imágenes de sus poemas se adaptaba perfectamente al optimismo que Vasconcelos imprimió en la elaboración de su utopía de la raza cósmica que —como es sabido— situó precisamente en Brasil. Si se puede decir que el joven poeta se adaptó rápidamente a un ambiente tan singular como el brasileño, no sucedió lo mismo con Alfonso Reyes, quien fue parco y reticente en dar señales de entusiasmo, durante sus primeros tiempos en Río de Janeiro. Recién llegado de Buenos Aires, ciudad cuya cultura se le había mostrado en toda su efervescencia, y después de haber vivido muchos años en Europa, el mexicano tuvo que adecuarse al país, y sólo cuando se acostumbró a su nuevo ambiente fue que, como veremos más adelante, pudo ir paulatinamente adentrándose en aspectos más profundos de la cultura brasileña.

⁷ Entre finales del siglo XIX y principios del XX, las autoridades brasileñas llevaron a cabo un plan de reurbanización radical de la ciudad de Río de Janeiro. La idea de transformar la capital del país en una tarjeta postal atractiva a la mirada extranjera reformuló radicalmente su geografía urbana. El resultado fue que la acción de las palas generó la destrucción de edificios, la ampliación de avenidas, la creación de nuevas calles y poco quedó del rico pasado colonial e imperial de la ciudad.

2. EL INTERCAMBIO CULTURAL: PAPEL DEL DIPLOMÁTICO

Para reflexionar sobre la presencia de Pellicer, Vasconcelos y Reyes en Brasil es necesario recordar que los tres viajaron al país para cumplir actividades diplomáticas. En este sentido, la misión política de la que se hicieron cargo influyó en gran medida en la experiencia que vivieron en Brasil. Vale la pena profundizar sobre el tema.

Cuando estuvo en Brasil en 1922, para asistir a los festejos del Centenario de la Independencia, José Vasconcelos, en el desempeño de sus funciones como embajador especial, cumplió una importante tarea de acercamiento político y cultural entre los gobiernos de Brasil y de México. Además, el arrebatado secretario de Educación Pública del gobierno del presidente Álvaro Obregón cautivó a las élites intelectuales de aquel país, ocupando las primeras planas de los periódicos más importantes de la capital brasileña con sus discursos integracionistas, iberoamericanistas y de alabanza al nuevo México que se intentaba crear. En un momento en que urgía consolidar el nuevo Estado mexicano, que había surgido de la Revolución, nada mejor que un buen propagandista de sus logros culturales, políticos y sociales.

La estancia de Vasconcelos en Brasil fue muy corta: poco más de un mes. Además, en todo su viaje estuvo cercado de funcionarios preocupados por ofrecerle un retrato bello y ameno del país. Vasconcelos quedó fascinado con lo que vio y trató de reproducirlo en la segunda parte de *La raza cósmica*. Durante su visita, dictó conferencias en Río de Janeiro y en São Paulo, visitó escuelas y facultades y estableció contactos con jóvenes intelectuales a los cuales invitó a México.⁸ Acompañado por el joven poeta Carlos Pe-

⁸ Entre los más conocidos estuvo el poeta Ronald de Carvalho, quien también entabló relaciones amistosas con Alfonso Reyes. Al regresar de su visita a México, Carvalho escribió un pequeño opúsculo sobre el país: *Imagens do México*

llicer, estuvo en varias ciudades importantes del país. No se puede negar que la atmósfera de encantamiento que lo acompañó incidió con mucha fuerza en su evaluación de Brasil. De hecho, la tradición colonial que conoció en su visita a Salvador, la riqueza y el dinamismo económico que encontró en São Paulo, la belleza natural que admiró en Río de Janeiro, y la simpatía de la gente de la que disfrutó durante todo el viaje, entre cenas, comidas y visitas turísticas, lo ayudaron a construir un escenario un tanto idílico de un país que, en el mismo año de 1922, vivía conflictos sociales y cambios políticos de gran magnitud, aunque ocultos a la mayoría de sus ilustres visitantes.⁹

Asimismo, tanto Vasconcelos como Pellicer encontraron en los temas iberoamericanistas motivos suficientes para poder contemplar con gran entusiasmo y poco, muy poco espíritu crítico, lo que sus anfitriones les enseñaban. Particularmente en el caso de Vasconcelos, su corta estancia en Brasil y en otros países sudamericanos le dio el aliento necesario, no sólo para escribir la utopía de la raza cósmica, sino también para establecer una comparación cruel entre la vida política, económica y cultural de aquellos países y la de México. El embajador especial de México en Brasil se llevó con-

(s.f.). Asimismo, dedicó varios poemas a México en *Toda América* (Río de Janeiro, Pimenta de Mello & Cia, 1926), su libro de poemas más conocido, de temática iberoamericanista, traducido al español (*Toda América*. Madrid, Alejandro Pueyo, 1930).

⁹ En 1922, el país fue escenario de muchas protestas sociales y huelgas obreras que llevaron a la fundación del Partido Comunista Brasileiro. Asimismo, la población de Río de Janeiro asistió a un conflicto muy importante, que tendría serias consecuencias sociales y políticas para el país: el levantamiento de jóvenes tenientes en contra del gobierno federal. Debido a este episodio, al que Vasconcelos se refirió como una "asonada" (129), la Escuela Militar de Brasil no figuró en el desfile conmemorativo del Centenario de la Independencia. En lugar de los cadetes brasileños, fueron los mexicanos los que escoltaron al presidente Epitácio Pessoa.

sigo el éxito personal que logró en su viaje y una serie de informaciones e ideas políticas y culturales que utilizaría siete años más tarde, en México, como parte de su plataforma política en su malograda campaña a la presidencia del país.

Ahora bien, es fundamental considerar que, mientras Vasconcelos fue a Brasil para cumplir tareas diplomáticas de circunstancia, y en el papel de jefe de la delegación mexicana —lo que le daba muchas prerrogativas y proyección—, Reyes vivió una situación completamente distinta, aunque también hubiera ido a aquel país para desempeñarse como embajador. Dieciocho años después de los gloriosos festejos de 1922, Reyes llegó con el estatus de principal representante de México en Brasil, pero acompañado de todas las atribuciones cotidianas y oficinescas del trabajo diplomático a largo plazo.

Para analizar el papel que Vasconcelos y Reyes desempeñaron en la vida política y cultural mexicana, es fundamental abrir un paréntesis para recordar que estos dos autores compartieron un pasado común de confianza tanto en el papel social de los intelectuales, como en el carácter liberador de la cultura. Vasconcelos y Reyes convivieron en las reuniones del Ateneo de la Juventud y compartieron algunas iniciativas culturales importantes. Ambos veían el intercambio cultural como una actividad clave, en términos no sólo intelectuales sino políticos, y creían en la responsabilidad de los intelectuales para hacerlo posible.

Tanto Vasconcelos como Reyes asumieron puestos gubernamentales, llevados en gran parte por la creencia en la misión social que, como intelectuales, tenían que cumplir. Sin embargo, sus trayectorias fueron muy distintas. Reyes se volvió diplomático de carrera y esta opción le propició dedicarse a las labores de estudioso. En cambio, Vasconcelos cumplió labores diplomáticas de manera circunstancial, mientras se preparaba para un vuelo más alto (y,

como es sabido, frustrado), rumbo a la presidencia del país. El caso específico del paso de los dos exateneístas por Brasil elucidada la diferencia que los separaba. Aunque Vasconcelos siempre defendió el intercambio cultural, como tarea de los intelectuales, durante su visita a Brasil buscó establecerlo con mucho mayor énfasis en la política. Para ello, se basó en las aspiraciones personales de poder que, como político, tenía, y en las necesidades del gobierno que, como funcionario, representaba. En cambio, Reyes, como diplomático de carrera, si buscó el intercambio en gran medida como una obligación institucional, de carácter predominantemente político, a lo largo de los años que vivió en Brasil como embajador, también lo hizo como un instrumento de satisfacción intelectual.

3. REYES, EMBAJADOR EN BRASIL

Alfonso Reyes llegó a Río de Janeiro el 16 de marzo de 1930 para asumir el puesto de embajador plenipotenciario de México en Brasil (Alicia Reyes 252) y para compartir con los cariocas la belleza del paisaje que tanto había admirado tres años antes. Analizar la relación de Alfonso Reyes con Brasil —relación que se desarrolló en el escenario de su espléndida capital, donde vivió todo el tiempo que estuvo en el país—¹⁰ es una tarea interesante, ya que significa, en principio, reflexionar acerca de esta especie de choque, de esta oposición entre elementos aparentemente dispares: las fuerzas de la naturaleza y la acción de la cultura; el disfrute y el

¹⁰ Alfonso Reyes estuvo en Brasil durante tres períodos. Como embajador, de 1930 a 1934 y de 1935 a 1936, y como comisionado especial para la concertación de asuntos económicos, durante nueve meses en 1938 (Alicia Reyes 252-253).

trabajo; el éxtasis y la reflexión crítica. Para cumplirla es necesario decir de antemano que la euforia que Reyes compartió con Pellicer en 1927 acabó por transformarse en un sentimiento bastante distinto. En carta a Genaro Estrada, amigo con quien Reyes no necesitaba apegarse a la prudencia que suele revestir la mayoría de los contactos epistolares, se puede leer que el escritor no se sentía tan a gusto en Río de Janeiro:

Esta es tierra divertida para turistas, nada más. [...] Siento que nada hay de común entre esto y yo. [...] Es cierto que apenas llego, pero ¡qué diferencia en París, en Buenos Aires. [...] no he tenido el gusto de ver a una sola persona que valga la pena. [...] ¡Estoy tan triste! ¿Qué es esto de andar por el mundo sembrando y pisoteando afectos? [...] ¿Sirve de veras a la patria lo que andamos haciendo? ¿Vale la pena el esfuerzo? ¿De veras nos lo pide el pueblo? ¿De veras le importa al Gobierno? [...] ¿De veras es justo este sufrir? (Curiel 11)

No deja de sorprender al lector desprevenido la intensidad y la cantidad de los reclamos de Reyes. Es evidente que para tener una idea más clara y completa de la naturaleza de sus quejas es necesario conocer más a fondo no solamente los rumbos de la política exterior mexicana, sino también la correlación de fuerzas en el interior de la misma Secretaría de Relaciones Exteriores.¹¹ Asimismo, es necesario considerar un reclamo de corte existencial por parte

¹¹ De acuerdo con lo que dice Reyes en la misma carta a Genaro Estrada, el gobierno mexicano deseaba prescindir de embajador en Argentina. Al parecer, la situación inestable de Irigoyen y finalmente el golpe de Estado determinaron el camino adoptado por la política exterior mexicana. De cualquier manera, el puesto de Buenos Aires seguía siendo atractivo, pero, según se deduce de las palabras de Reyes (Curiel 11,15), su situación inestable en la Secretaría de Relaciones Exteriores no le permitía ni siquiera soñar con regresar a Buenos

de Reyes: apartado de México desde 1913 y ya entrado en la madurez, se sentía desamparado e inseguro financieramente, sin una tierra elegida por voluntad propia, sin nido y sin abrigo, y con la necesidad de recomenzar en un lugar extraño, tarea para la cual sentía no tener la energía suficiente.

Sin embargo, si todos estos elementos de orden personal y político pueden comprenderse y aceptarse, no ocurre lo mismo en lo que se refiere a sus primeras afirmaciones. Hay que tratar de entender las razones por las cuales Reyes elaboró juicios tan tajantes sobre Brasil, razones que lo llevaron a sentir rechazo hacia el país y su gente. Las cartas personales tienen el mérito de ofrecer al público una imagen íntima, cercana y muchas veces sin barniz, del escritor. En este sentido, acaban por funcionar como elementos fundamentales para la comprensión de sus variadas facetas.

Evidentemente, había una diferencia radical entre el Reyes diplomático, que tenía muchas tareas protocolarias que cumplir como representante de su gobierno en Brasil, y el Reyes que extrañaba su país y los lugares con más encanto en los que había estado antes. Como embajador, lució y desempeñó un importante papel en la vida cultural brasileña durante el periodo que estuvo en Río. Incluso se relacionó con muchos de los principales escritores e intelectuales del país y mantuvo con algunos de ellos una correspondencia importante. En cuanto a los otros Reyes —el hombre maduro, el escritor, el crítico, el dueño de una refinada cultura de tipo clásico y, principalmente, el mexicano nostálgico— éstos fue-

Aires o a Europa. Tendría que conformarse con estar en Brasil y aún ahí cuidar su puesto. De hecho, a lo largo de su estancia en el país, vivió otros periodos delicados en lo que se refiere a mantenerse en su puesto, principalmente en 1932, cuando Estrada dejó la dirección de Relaciones Exteriores para ocupar la embajada de México en Madrid (Záitzeff 37).

ron aflorando algunas veces en las cartas personales y, principalmente, en su revista *Monterrey*.

Al parecer, la llegada del mexicano a Brasil le planteó, o quizás le exigió, la práctica de un nuevo tipo de ejercicio intelectual: analizar la cultura ibérica en sus dos manifestaciones lingüísticas —el portugués y el español— y analizarla considerando su inevitable bifurcación en lo que se podría definir como dos Américas distintas, la hispánica y la portuguesa (parientes, pero no hermanas). En lo que se refiere al primer tema, el de las lenguas, podemos observar que Reyes tuvo un interés profundo en su discusión. En agosto de 1931, escribió el artículo “Sobre la reforma de la ortografía portuguesa” que se publicó en la revista *Sur*, de Buenos Aires (1959 IX 57-60).¹²

En cuanto al segundo tema, el de las dos Américas, es necesario considerar el desarrollo de toda una labor paciente y tenaz de acercamiento que Reyes cumplió en gran parte debido a sus obligaciones de diplomático. Para desempeñar muchas de sus funciones, el mexicano se sumergió inevitablemente en la cultura brasileña que, en verdad, era nueva y desconocida para él. Esto significó, entre otras cosas, un ejercicio de comprensión y paciencia para descubrir cuáles eran los monumentos de cultura dentro de un paisaje cuya ya mencionada exuberancia natural no guardaba grandes edificios que preservaran la tradición ibérica y tampoco

¹² Lo interesante de este artículo está exactamente en el análisis que realiza Reyes, comprobando que las lenguas portuguesa y castellana no son equivalentes aunque se parezcan aparentemente tanto. Cada una tiene una historia distinta de inserción cultural. Asimismo, el autor discute cómo se alimentan mutuamente, enriqueciéndose con las contribuciones que pueden intercambiar. La publicación de este artículo en Argentina no deja de ser un indicio de que la cuestión del acercamiento y de las diferencias lingüísticas discutidas por Reyes configuraba un tema de interés entre los hispanohablantes.

escondía ruinas de imponentes civilizaciones pasadas. La comprobación de que sí había vida intelectual en Brasil y de que la supuesta oposición entre vida inteligente y placer contemplativo podía transformarse en convivencia creadora parece haberlo sacado, por lo menos en parte, de su pesimismo inicial.

4. LA MIRADA EXTRANJERA: UNA INMERSIÓN CRÍTICA

Por sus deberes de oficio —como diplomático y también como escritor— Reyes tenía inevitablemente que dedicarse a la interlocución. Si en sus primeros tiempos en Brasil sentía que no había nadie que valiera la pena conocer, a lo largo de su estancia aprendió a construirse una vida intelectual y social importante en la que participaban no solamente brasileños sino muchos extranjeros que se encontraban de paso por el país. En este sentido, Río de Janeiro tenía una posición en cierto sentido privilegiada. Puerto en que los navíos que iban rumbo a Argentina hacían escala obligatoriamente, la capital brasileña recibió, durante las décadas de 1920 y 1930, a muchos viajeros célebres.

Sin embargo, a Reyes le parecía que los cariocas no aprovechaban como se debía la presencia de los “viajeros de la inteligencia” que ahí desembarcaban (“Los huéspedes”. *Norte y sur*. 1959 IX 65-69). Ante los ojos del embajador, a los brasileños les faltaba exigir más a sus visitantes. Había observado una conducta radicalmente distinta entre los argentinos, quienes manifestaban un deseo permanente de dialogar con los extranjeros y, principalmente, de saber cómo éstos los veían y qué opinaban acerca de su país. Para Reyes, tal hábito constituía un saludable ejercicio de inteligencia. A final de cuentas, según decía, entre “vivir en la ignorancia beata y procurar saberlo todo y entenderlo todo”, el mundo siempre nos ofreció, como pueblos, la oportunidad de “conocer la realidad

de nuestras virtudes y nuestros defectos y cuanto digan de ellos los que nos visitan y nos observan” (69).

Con la recomendación de que los brasileños deberían adoptar la costumbre de verse en los ojos del otro para aprender acerca de sí mismos, Reyes indicaba implícitamente las contribuciones que los diplomáticos como él podrían aportar para la vida cultural, política e incluso, a veces, económica del país. Por su propia situación personal, los extranjeros siempre han ejercitado con agudeza su sentido de comparación. Por esta razón, suelen ser observadores privilegiados y, cuando son consultados, pueden llegar a emitir opiniones mesuradas y apreciaciones interesantes. Reyes cumplió con éxito esta tarea, al escribir artículos sobre aspectos de la cultura y de la política en Brasil, al participar en reuniones con sus intelectuales y al dictar cursos y conferencias.

A medida que se involucraba en las actividades culturales y políticas del país, Reyes se dio cuenta de que su panorama cultural y político era mucho más complejo de lo que había pensado y que, detrás de la aparente falta de interés hacia el exterior, había un importante movimiento nacional de producción cultural y artística. Más que eso, había una preocupación generalizada entre los intelectuales y artistas con quienes convivió por comprender y explicar su propio país, el pueblo brasileño y su cultura. El periodo en que estuvo en Brasil fue, de hecho, de una gran efervescencia cultural y política que generó algunos cambios importantes en el contexto político y cultural del país. No se puede olvidar que en octubre, pocos meses después de su llegada, explotó el movimiento conocido como Revolución de 1930, el cual marcó el comienzo de la dilatada permanencia de Getúlio Vargas en el poder. Reyes acompañaría, de 1930 a 1936, todo el proceso de rearticulación de las fuerzas políticas y, simultáneamente, del redimensionamiento de la producción intelectual y artística en Brasil.

Aparte de su intervención en misiones diplomáticas sobresalientes,¹³ la participación de Reyes en la vida cultural y política de la capital de Brasil fue, efectivamente, prolífica. El embajador estuvo presente en una serie de eventos culturales importantes junto a la comunidad intelectual brasileña y supo estimular la discusión de políticas de aproximación entre Brasil y los países hispanoamericanos.

En este sentido, es importante destacar que Reyes se relacionó con intelectuales, periodistas, maestros y estudiantes vinculados a organizaciones, grupos y partidos políticos de los más variados matices ideológicos. En 1933, por ejemplo, el entonces estudiante Carlos Lacerda (futuro opositor de Vargas, de Kubitschek y uno de los principales articuladores civiles del golpe militar del 31 de marzo de 1964) lo invitó con insistencia a que dictara conferencias en la asociación de estudiantes en que participaba.

Con los cambios políticos que la llamada Revolución de 1930 anunció, las clases medias urbanas vivieron, en el primer lustro de la década, un momento de gran euforia. En este contexto, la asociación de Lacerda planteaba nada más ni nada menos que crear una nueva base espiritual capaz de apoyar y desarrollar otras concepciones de los problemas del país. Entre los temas que pretendía discutir estaban la situación social, la socialización de la cultura en el interior de Brasil, los problemas de los indígenas y de los niños delincuentes. Lacerda le sugería a Reyes que hablara sobre México y completaba su invitación anunciando: “Isso é um começo. Para

¹³ Entre otras atribuciones importantes, Reyes firmó el Acuerdo Comercial entre México y Brasil (7 de diciembre de 1932), presidió la delegación mexicana para la Asamblea Inaugural del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Río de Janeiro, del 26 de diciembre de 1932 al 6 de enero de 1933) y firmó por México el Pacto Antibélico “Saavedra Lamas” con Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Paraguay (Río de Janeiro, 10 de octubre de 1933). (Alicia Reyes 252).

continuar, precisamos de auxílio. Esse auxílio é, por exemplo, a sua palavra sempre esperada e sempre aceita e admirada".¹⁴

Un año antes, en 1932, la poeta Cecília Meireles, integrante de un grupo de profesores preocupados por la renovación educativa, fue enfática en su admiración por Reyes. Según ella, Brasil necesitaba establecer dicho intercambio espiritual y expandir sus relaciones con los pueblos del continente. Su juventud buscaba el universalismo y, para alcanzarlo, necesitaba un guía. Este guía era Alfonso Reyes.¹⁵

Una manera de visualizar la participación de Reyes en el contexto cultural y político brasileño es analizar a fondo la correspondencia que intercambió en el periodo. A partir del mapa de los contactos que el mexicano estableció en Brasil, se puede dibujar incluso una especie de itinerario sentimental, que sobresale en medio de muchos comunicados meramente protocolares. Si Reyes se relacionó amigablemente con estudiantes como Lacerda, también dejó un espacio importante para el contacto con destacados poetas como la propia Cecília Meireles, Manuel Bandeira y Ribeiro Couto. Los tres estaban ligados a Reyes por su labor con las palabras, pero también por su interés por temas literarios y cultura-

¹⁴ Carta del 15 de febrero de 1933. Correspondencia inédita. Acervo de la Capilla Alfonsina. La correspondencia de Lacerda está formada por cuatro cartas enviadas entre 1932 y 1934. Según el contenido de las cartas, Lacerda estuvo con Reyes en varias ocasiones, incluso en un encuentro con el escritor estadounidense Waldo Frank, amigo del mexicano.

¹⁵ Carta del 5 de mayo de 1932. Correspondencia inédita. Acervo de la Capilla Alfonsina. Cecília Meireles y Reyes se cartearon con relativa asiduidad de 1931 a 1933. En este periodo, Reyes le facilitó libros y revistas mexicanos sobre educación y cultura popular y Meireles aprovechó el espacio de la columna "Página de Educação", que mantuvo hasta 1933 en el periódico *Diário de Notícias*, para difundir temas mexicanos. A partir de 1934 la correspondencia disminuyó pero se mantuvo hasta 1940.

les de América Latina. El intercambio cultural fue tema de varias cartas de los tres poetas brasileños al mexicano y seguramente de algunos de sus encuentros.

5. MONTERREY EN RÍO DE JANEIRO: PROYECTO LITERARIO Y PASAPORTE DE REGRESO

Durante su estancia en Brasil, Reyes invirtió mucho trabajo y tiempo en las tareas de difusión y pudo lograr un resultado importante, en este campo, con la edición de su correo literario *Monterrey*. Compuesto de catorce números, editados por el autor —el primero en junio de 1930, en Río de Janeiro, el último en julio de 1937, ya en Buenos Aires—, *Monterrey* circuló entre varios escritores brasileños. En cierta medida, tal publicación, además de dar a conocer aspectos de la literatura y de la cultura mexicanas, ayudó a consolidar en Brasil la imagen de Reyes como intelectual reconocido. De hecho, la publicación de un vehículo editorial propio sirvió para que Reyes difundiera su producción y la de algunos escritores mexicanos o hispanoamericanos —en español— y también para que diera a conocer al público brasileño especializado el espectro de sus propias preocupaciones intelectuales y literarias. En *Monterrey*, se puede decir que los temas mexicanos se hacían acompañar por el análisis de cuestiones referentes a América Latina y a temas y autores relacionados a la literatura occidental. En realidad, aunque *Monterrey* era editada en Río de Janeiro, traía muy pocos artículos y noticias sobre la literatura y la cultura brasileñas.¹⁶

¹⁶ A parte de algunas breves referencias a autores brasileños, principalmente en las secciones de correspondencia y de publicaciones recibidas, el correo trae muy poco acerca de Brasil. En el quinto número de la publicación, el poeta Ronald de Carvalho ofreció, en portugués, un pequeño artículo sobre la traducción

Este hecho pone en tela de juicio la imagen que se acostumbra dar de Alfonso Reyes como el constructor de un sólido puente cultural y literario entre México y Brasil. El diplomático se preocupó por consolidar una imagen positiva de la cultura mexicana entre los brasileños; el intelectual, por establecer un círculo importante, conformado por muchas personalidades de peso en el mundo de la cultura y las artes. Sin embargo, el escritor se olvidó de reflexionar sobre la producción literaria brasileña y de poner su pequeña publicación al servicio de las labores de intercambio verdaderamente bilateral que supuestamente debería desempeñar.

Si antes de continuar hablando de Reyes, regresamos a los otros dos autores mexicanos analizados anteriormente, recordaremos que Vasconcelos construyó en su teoría de la raza cósmica, a par-

de un poema de Amado Nervo. Asimismo, los lectores pudieron acompañar la noticia de la muerte del consagrado escritor Graça Aranha (*Monterrey*, 5 julio de 1931. Ed. facsimilar 1980 143,145). En el número 7, la ciudad de Río de Janeiro ocupó la primera página de la publicación, como escenario para la narración de las aventuras cariocas de Paul Morand (*Monterrey*, 7 diciembre de 1931. Ed. facsimilar 1980 159-160). El epistolario del mismo número trajo, en portugués, las cartas enviadas a Reyes por los escritores Prudente de Moraes Neto y Ribeiro Couto. En cuanto a estos dos textos, es interesante observar que ambos analizaban temas fundamentales para la reflexión acerca de la identidad cultural iberoamericana. Reyes los difundió, pero no incluyó ningún comentario acerca de su contenido (*Ibidem* 169). Finalmente, en el último número que editó en Brasil, la presencia del país se manifestó en dos textos. El primero fue una carta suya al director del Jardín Botánico de Río de Janeiro. En ella, Reyes hablaba de la estatua de la diosa Xochipilli que regaló al Jardín a nombre del gobierno mexicano, para hacer compañía a la de Cuauhtémoc, llevada a Brasil en las fiestas de la Independencia por Vasconcelos. En el segundo texto, una crónica ilustrada con un dibujo del artista brasileño Candido Portinari, Reyes habla a propósito de la estancia de Maximiliano en tierras brasileñas y analiza la amapola silvestre como un símbolo de amistad entre México y Brasil. En este último número, Reyes se despide: "*Monterrey dice adiós al Brasil que lo vio nacer, con un sentimiento de melancolía y gratitud*" (*Ibidem* 219-223).

tir de lo que vio en Brasil, y que Carlos Pellicer incorporó a su poesía la plasticidad del paisaje carioca. Vasconcelos, al publicar su famosa utopía, también realizó un eficiente trabajo de propaganda y difusión. Con su libro, contribuyó para acercar un poco más a los mexicanos a Brasil (aunque se trataba de un Brasil mítico, sin gran apego a la realidad). Pellicer hizo algo similar con sus poemas brasileños, dentro de los límites de la difusión y recepción de la poesía. En cuanto a Reyes, ¿qué se puede decir? Creo que su relación con Brasil se plasmó de maneras distintas, debido exactamente al ejercicio de cada uno de los papeles que tuvo que desempeñar en aquel país: diplomático, intelectual, crítico y escritor.

Paralelamente al cumplimiento de sus tareas diplomáticas, con la publicación de *Monterrey* Reyes logró cultivar un espacio particular, destinado a sus propias inquietudes e intereses culturales y a la reflexión de temas específicamente relacionados con su trayectoria literaria. Por este motivo, difundió su revista entre los brasileños, pero no habló sobre ellos.

Ruedas de la Serna (195-210) desarrolla una interesante reflexión acerca de la presencia de Reyes en Brasil, la cual se construye en cierta manera como respuesta a las opiniones que Octavio Paz manifestó acerca del tema, a un semanario brasileño, en 1975. La relación de Reyes con la literatura brasileña ha despertado opiniones encontradas entre los mexicanos. Según Ruedas, Paz criticaba a Reyes el no haber aprovechado la oportunidad que tuvo de realizar un verdadero trabajo de difusión de la literatura brasileña en México (198-199). De hecho, se podría esperar que Reyes, como escritor y como crítico, se dedicara a esta tarea, si conocía a muchos de los escritores más importantes de la época.

Como trataremos a continuación, en el análisis de su producción poética sí se reconoce la incorporación de elementos (principalmente temáticos) inmediatamente asociados a Brasil. Sin em-

bargo, en cuanto al crítico literario meticuloso y perspicaz que fue Reyes, desafortunadamente tenemos que reconocer que no se detuvo en el estudio de la literatura brasileña y no ofreció al público mexicano, ni tampoco a los mismos escritores brasileños, ningún ensayo o reflexión sistematizada sobre el tema.

Uno de los argumentos a los que Ruedas de la Serna recurre para explicar esta ausencia que Paz detectó y cuestionó en la obra crítica de Alfonso Reyes tiene que ver con el ensimismamiento cultural que se vivía en Brasil desde la famosa Semana de Arte Moderno de 1922, ensimismamiento que el autor también asocia al ambiente cultural mexicano de los mismos años.

Buscándose a sí mismos, preocupados por temas como el carácter nacional y la realidad social de Brasil, los intelectuales, artistas y escritores probablemente no tendrían interés en buscar al otro, en rebasar las fronteras culturales de su país. Por eso, según Ruedas de la Serna, la nueva literatura que se estaba gestando en los años que Reyes vivió en Río de Janeiro no estaba preparada para la difusión, mucho menos en el ámbito hispanoamericano (199, 203).

A pesar del empeño en “perdonar” a Reyes el no haber reflexionado sobre la literatura brasileña, el argumento que Ruedas esgrime no tiene fuerza suficiente para respaldarlo. La consolidación del esfuerzo por comprender Brasil, esfuerzo del que la Semana de 1922 fungió como evento paradigmático, nunca implicó el cierre completo de los escritores a las influencias extranjeras y a la difusión de su trabajo fuera del país. Al contrario, para citar sólo dos ejemplos, Oswald de Andrade, uno de los principales talentos del modernismo brasileño, tuvo en lo que definió como “poesía de exportación” uno de los fundamentos de su conocido “Manifiesto Antropófago”. Antes de Oswald, el escritor y editor Monteiro Lobato concretó algunos acuerdos editoriales con Argentina, exac-

tamente para difundir, en español, a autores consagrados de la literatura brasileña.¹⁷

En tal contexto, se entiende la expectativa que el escritor Prudente de Moraes Neto —también mencionado por Ruedas de la Serna— puso en la labor del prestigioso mexicano como “el introductor del pensamiento brasileño en el comercio internacional”.¹⁸ La curiosidad y el interés acerca de las opiniones de Reyes estuvieron presentes entre los escritores brasileños.¹⁹

El no haber sabido o querido corresponder a ellos no quita importancia a la presencia y al papel que Reyes desempeñó en Brasil, pero sí frustra a los críticos de su obra y a los que esperarían más del diplomático-escritor, en términos del aprovechamiento literario y crítico de su estancia en Brasil.²⁰

¹⁷ Lobato logró establecer un interesante intercambio cultural con varios intelectuales de aquel país, y les abrió las páginas de su prestigiosa *Revista do Brasil*. El escritor paulista nunca se identificó con el movimiento modernista. Sin embargo, a principios de los años treinta llegó a pensar en la publicación del consagrado *Macunaíma*, de Mário de Andrade, en los Estados Unidos, hecho que denotaba su preocupación por la difusión en el extranjero de obras de carácter evidentemente brasileño.

¹⁸ Moraes Neto, “*Chronica Literaria*. Alfonso Reyes. *El testimonio de Juan Peña*”. Río de Janeiro, 1930 (Ruedas de la Serna 203).

¹⁹ La revisión de la sección “Publicaciones recibidas”, de *Monterrey*, confirma que Reyes recibió libros de poetas como Ronald de Carvalho, Murilo Mendes, Jorge de Lima, Carlos Drummond, Oswald y Mário de Andrade, entre muchos otros. En su biblioteca personal, hoy parte de la Capilla Alfonsina de Monterrey, encontré las primeras ediciones de muchas obras literarias relevantes del periodo, varias de ellas dedicadas a Reyes por sus autores. Asimismo, descubrí varios libros de críticos brasileños e hispanoamericanos sobre la literatura brasileña, también dedicados a Reyes.

²⁰ Asimismo, no se puede negar que la apertura de su correo literario *Monterrey* a la difusión de la obra de algunos de los poetas y novelistas con los cuales estableció vínculos literarios e, incluso, de amistad, hubiera facilitado la tan exaltada —y poco practicada— relación de acercamiento entre los dos países.

Un segundo argumento importante, implícito en la defensa que Ruedas de la Serna hace de Reyes, es más pertinente, por apoyarse en el propio proyecto literario y cultural del exateneísta, enfocado sobre los temas de la cultura y de la literatura mexicanas. El análisis de los catorce números de *Monterrey* no deja ninguna duda de que el principal interés de Reyes era el de mantenerse en el panorama intelectual de su país, reforzando su posición de interlocutor literario y cultural, aunque a distancia. Aún así, su publicación generó opiniones encontradas en México, como la del periodista Héctor Pérez Martínez quien, según el propio Reyes, le reclamaba injustamente más atención a las temáticas mexicanas (Reyes “A vuelta de correo” 1959 VIII 427-449).

La manera tajante en que defendió su propia conducta como un intelectual dedicado “de tiempo completo” a su país, ilustra la dificultad y la lucha de Reyes por mantenerse entre los protagonistas del mundo literario mexicano, pese a que, por otra parte, rehusara el papel de guía o de maestro (1959 VIII 431). Asimismo, ayuda a entender por qué Reyes decidió no incluir en su revista la discusión de cuestiones que no estuvieran íntimamente relacionadas con México, Hispanoamérica o, por lo menos, con sus propias inquietudes intelectuales.²¹

²¹ En su respuesta a Pérez Martínez, Reyes defiende enfáticamente su posición: en su correo había tratado “del sitio de nuestra literatura en el cuadro de Hispanoamérica, de nuestra sensibilidad en parangón con la ‘nórdica’, de nuestro teatro tradicional, del teatro de indios y del de títeres, de Ruiz de Alarcón y Sor Juana, del proceso de la mente literaria de México durante la revolución, de Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo, de González Martínez, del pintor Rousseau y México, del pensamiento hispanoamericano ante el mundo y los cambios de su actitud, de Saint-Simon y México, del testimonio de los viajeros sobre nuestra vida y costumbres, de Miguel González —pintor de asuntos mexicanos en el siglo xvi, hasta hoy no estudiado—, de algunos documentos de nuestra iconografía literaria, de Cortés y Moctezuma, de Acuña, del Padre Mier, de la depuración de nuestras tradiciones

Varios años después de que Vasconcelos había defendido políticas de integración cultural para América Latina, decidió no rebasar las fronteras lingüísticas y culturales entre México y Brasil en su vehículo editorial. Diplomático de prestigio, interlocutor atento y difusor cultural competente, Reyes supo separar todos estos intereses y pudo hacer de *Monterrey* una especie de pasaporte intelectual de regreso a su país.

En 1938, después de desempeñarse como embajador en Argentina por un breve periodo y de cumplir una misión especial en Brasil (Alicia Reyes 252-253), Reyes pudo volver a México. A partir de su reintegración en la tierra que había dejado hacía más de veinte años, los contactos con Brasil se limitarían a las cartas —cada vez más escasas, para tristeza de Reyes— y a la publicación (y republicación) en periódicos, libros y revistas mexicanos, de los textos que escribió sobre la cultura, la economía, la historia y la vida cotidiana de Brasil.²²

6. LA PRESENCIA DE BRASIL: POESÍA Y SAUDADES

Como ya habíamos anunciado, es posible afirmar que las huellas de Brasil se plasmaron de manera más rica e incisiva en la obra específicamente literaria que Reyes produjo a lo largo de su estancia en aquel país. Podríamos dividirla, *grosso modo*, en crónicas de circunstancia, pequeñas ficciones y semblanzas, algunas dispersas

y la formación de una biblioteca mínima. [...] Si alguna publicación he intentado en servicio de las letras mexicanas es ésta [...]” (433).

²² Véase, en primer lugar, “Salutación a Brasil”, un ensayo sobre el pueblo brasileño, cuyo “esfuerzo secular” Reyes alaba, al recordar a los *bandeirantes* civilizadores, a los *sertanejos* en su fortaleza rudimentaria, a los buscadores de plata y de diamante, sembradores de ciudades y amansadores del suelo: caucho, café, azúcar, algodón. En segundo lugar, vale la pena mencionar “El Brasil en una castaña”, que amplía el tema del texto anterior (Reyes 1959 IX 183-186; 187-195).

y otras reunidas en *História natural das laranjeiras* (1959 IX 463-497) y *Quince presencias* (1955), además de varios poemas reunidos por el autor en *Constancia poética* (1959 X).

Si tomamos uno de sus poemas sobre Río de Janeiro, podemos observar que éstos configuran una especie de ejercicio recurrente de celebración melancólica de los monumentos de la naturaleza, trabajados por la memoria forjada en métrica y ritmo. Veamos las dos últimas estrofas de “Río de olvido”:

[...]

Y no quiero, Río de Enero,
más providencia en mi mal
que el rodar sobre tus playas
al tiempo de naufragar.

—La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento.
No era el viento, era tu paz.

(“Río de olvido”. *Romance del Río de
Enero* 1959 X 386)²³

²³ En este mismo poema, la estrofa “Junto al rumor de la casa / anda el canto del *sabiá* / y la mujer y la fruta / dan su emanación igual” mereció un interesante análisis de Ruedas de la Serna (207). Como dice el crítico, Reyes logró dialogar con la tradición poética brasileña, representada por el clásico poema “*Canção do exílio*”, del romántico Gonçalves Dias (en que el autor trabaja con el tema de la saudade y del amor a la patria), y por el poema “*Canto do regresso à pátria*”, del modernista Oswald de Andrade (quien parodia a su coterráneo, con algo del humor y de la informalidad del vanguardismo brasileño).

Es importante observar que el autor fue incorporando a sus poemas brasileños los elementos embriagantes del paisaje tropical y una cierta imagen de sensualidad y erotismo, mezclada a temas populares y folklóricos.

Quizás la fusión de todos esos elementos exprese más su experiencia de vida en Brasil que la propia evolución de su producción literaria. Sin embargo, estos poemas “brasileños” contribuyen indudablemente a dar color y sabor a su disciplinada labor poética.

La presencia del paisaje —en una especie de celebración paradisiaca— se puede observar en los versos de “Copacabana”. En ellos, el yo poético se deslumbra con el sol, con las mujeres, y dialoga con la playa, en musicales octasílabos:

—Parasol de las mujeres:
¿cuántas me quieren a mí?
(El ave de la sonrisa
deja volar, parasol.)

[...]

—Quieren esconder la enagua
tajándola en pantalón:
¡Déjate, Copacabana,
que te van a dar masaje!
¡Déjate, Copacabana!

(“Copacabana” *Río de Janeiro* 1931 1959
X 136-137)

La fusión entre paisaje y sensualidad se confirma en el soneto “Guanabara”, en cuyos versos, reproducidos a continuación, se observa cómo las propias fuerzas de la naturaleza van confor-

mando, en una atmósfera simultáneamente mítica y sagrada, el ambiente arrebatador de Río de Janeiro:

[...]

Hubo una vasta plenitud de entraña
y un latido animal por la bahía,

[...]

¡Oh, salta, Adán marino! Oh sangre, brota
y chorrea en el ímpetu gozosa
sobre los flancos de tu Eva única!

Sopla el viento nupcial su caracola
y doblan los retumbos de las olas
desde la catedral del Pan de Azúcar.

(“Guanabara” 1959 X 148)

De hecho, desde la impactante impresión que la bahía de Guanabara le ocasionó, en 1927, Río de Janeiro se mantuvo como tema permanente en la poesía de Reyes. Probablemente fueron la ciudad y su naturaleza desbordante, transformadas en poesía, quienes lo invitaron a descubrir su entorno con otros ojos y lograron edificar un puente sentimental entre el mexicano y su nuevo y deleitoso ambiente:

¡Oh, mi San Sebastián de Río de Janeiro!
¡Cómo me vas gustando, cómo te voy queriendo!

(“A Río. En un abanico”. *Río* 1931 1959
X 266)

Reyes escribió varios poemas para celebrar a la ciudad. Tomemos algunos versos del poema "¡Por favor...!". Escrito en 1938, cuando el mexicano regresó a Brasil por una breve temporada, este poema es una especie de despedida, que confirma su aprecio por el país. La atmósfera de sutil complicidad del poema denota lo placentero que fue, para Reyes, vivir ahí:

Brasil ¿me das a la moza
que ha tiempo he dado en querer?
(El Brasil me la prestaba,
no me la quiere ceder.)
Mira, Brasil, que de siempre
fui tu devoto y fiel;
mira que bien te he tratado
en verso y en prosa [...]
que tanto en mi tierra dije
y tus gracias alabé,
que todos con mucha envidia
te han querido conocer:
sólo abandono la plaza
porque otros piden la vez.

("¡Por favor...!" *Río de Janeiro* 1938 1959
X 286)

Para finalizar, vale la pena recuperar el último poema de su *Romance del Río de Enero*, en el que el poeta se despide de la ciudad, declarándole todo su cariño:

[...]

Así tú, con el encanto
de tu leve cortesía,

encadenas voluntades
y las personas cautivas.

Tus calles se van al mar
cargadas de carne viva,
y en tus angélicas aguas
te siembras y te bautizas.

Anchan generosa nave,
con San Telmo, a la vigía,
sirtes venzas, salves vórtices,
salgas a la gloria un día.

—Llego al fin de mi canción,
que es ya más tuya que mía,
y no pude, Río de Enero,
decirte lo que quería.

(“Envío”. *Romance del Río de Enero*
1959 X 400-401)

DESPEDIDA

Al igual que Vasconcelos y Pellicer, Reyes se llevó innegablemente buenos recuerdos de su estancia en Brasil. Sin embargo, después de haber vivido tantos años en el país, también se llevó algo de melancolía.

En una de sus cartas a Reyes, el poeta Manuel Bandeira alude a los *Romances del Río de Enero*, y a la tristeza de Reyes al saber que lo recibieron en Brasil en el más absoluto silencio, silencio que el mismo Bandeira decía no saber cómo justificar.²⁴ En cierta forma, podría-

²⁴ Carta del 29 de marzo de 1950. Correspondencia inédita. Acervo de la Capilla Alfonsina.

mos encontrar la respuesta para tal recepción en otra carta de Bandeira a Reyes, en la que reclama acerca de la dificultad de conseguir libros de poesía hispanoamericanos:

Nesta descomedida “nuestra América” sem intercâmbio todo professor de Literaturas Hispanoamericanas se sente na mesma situação de Montalvo em Ipiales: *sin libros, señor, sin libros* para lecionar a sua matéria... [...] Nós, hispanoamericanos, não queremos nada com hispanoamericanos. Ah, Martí, grande Martí!²⁵

Las dificultades del camino y de la inflexión trágica de la afirmación de Bandeira y de la queja de Reyes parecen marcar las relaciones entre mexicanos y brasileños. Los periodos de cercanía se hacen acompañar de largas etapas de aislamiento e ignorancia recíproca.

Pellicer no regresó a Brasil, y tampoco lo hizo Vasconcelos. Pellicer materializó los recuerdos e impresiones que se llevó del país en su poesía, plástica y visual, mientras el polémico escritor, filósofo y político hizo de Brasil el lugar ideal de su utopía.

En cuanto a Reyes, después de “quemar, en su cálida frecuentación, algunos años de su vida” (1959 IX 185-86), se llevó más que poemas, ensayos y recuerdos, se llevó también unas saudades melancólicas que hicieron que se acordara para siempre de su estancia brasileña.

De cualquier manera, aunque las cartas escaseen, los viajes disminuyan o no vuelvan a repetirse, la obra de los poetas, narradores y ensayistas permanece, conservando las mutuas referencias y alimentando la curiosidad intelectual de los lectores de los dos paí-

²⁵ Carta del 13 de junio de 1951. Correspondencia inédita. Acervo de la Capilla Alfonsina.

ses. Lo poético y lo político forman parte integral de estos contactos, como se puede apreciar en lo que escribieron Vasconcelos, Pellicer y Reyes acerca de su paso por Brasil.

Regina Aída Crespo



BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CURIEL, FERNANDO. "Cartas fluminenses. Los comienzos en Río. 1930-1932. Alfonso Reyes". *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*. México, v. XLIV, núm. 460 (mayo 1989): 10-16. Monterrey. Primera edición facsimilar, Colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas. México: Fondo de Cultura Económica, 1980 (95-242).
- NERVO, AMADO. *Obras completas*. Recopilación, prólogo y notas de Francisco González Guerrero. Tomo 2. México: Aguilar, 1991.
- ORTIZ, RENATO. *Cultura brasileira & identidade nacional*. 2a ed. S.P.: Brasiliense, 1986.
- PELLICER, CARLOS. *Obras. Poesía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- REYES, ALFONSO. *Quince presencias (1915-1954)*. México: Obregón, 1955.
- "A vuelta de correo". En *Obras Completas*, v. VIII, México: Fondo de Cultura Económica, 1959 (427-449).
- *Norte y Sur; Historia natural das Laranjeiras*. *Obras Completas*, v. IX, México: Fondo de Cultura Económica, 1959 (467-493).
- *Constancia poética*. *Obras Completas*, v. X, México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- REYES, ALICIA. *Genio y figura de Alfonso Reyes*. 2a ed. México: ExLibris, 1997.
- RUEDAS DE LA SERNA, JORGE. "La misión brasileña de Alfonso Reyes". En *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981 (195-210).
- VASCONCELOS, JOSÉ. *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*. 16a ed. México: Espasa-Calpe, 1992.
- VENTURA, ROBERTO. *Estilo tropical. História cultural e plêmicas literárias no Brasil. 1870-1914*. São Paulo: Companhia das Letras, 1991.
- ZAITZEFF, SERGE I. "Alfonso Reyes. Más cartas fluminenses". *Biblioteca de México*. México, núm. 19 (enero-febrero 1994): 37-46.